

Discurso de Grado

Autoridades del equipo rectoral, cuerpo académico y administrativo de la Universidad Metropolitana, reciban mi más respetuoso saludo. Distinguidos profesores y familiares, arquitectos de este sueño que hoy se hace tangible, este logro también lleva sus nombres grabados en el margen. Y sobre todo, ustedes, mis compañeros y cómplices de camino. Es para mí un honor compartir este recinto a su lado y ofrecerles una profunda felicitación por este hito.

Ante la magnitud de lo alcanzado, es el momento preciso para el silencio reflexivo. Un instante necesario para detenernos y preguntarnos: *¿Qué significa realmente llegar a la meta si no somos capaces de reconocer el hilo que nos transformó en el camino?*

A menudo nos dicen que este día es un desenlace, el cierre formal de un ciclo académico. Sin embargo, prefiero verlo como el punto en que retiramos el andamio para revelar la colcha de retazos que realmente somos. Lo que hoy presentamos al mundo no es un título, sino el ensamblaje de las piezas que nos definen, pues somos el resultado de los retales de todas las personas que nos rodean.

Estamos contruidos por las palabras de consuelo de quienes nos sostuvieron cuando el mundo pesaba demasiado. Por la fe ciega de aquellos que nos obligaron a creer que lo imposible era una opción, incluso cuando no existía una sola prueba de que fuera verdad. Somos esa tela resistente de quienes nos señalaron nuestros errores con amor, y esas costuras finas, hechas de la paciencia de quienes respondieron nuestras preguntas constantes.

Quizás algunos esos retazos ya no están aquí físicamente, y a ellos los honramos en recuerdo sagrado. Y aquellos que tenemos cerca, algunos de esos arquitectos de su vida

sentados en este auditorio, ocupando esas sillas con orgullo... hagan una reverencia por ellos. Mírenlos y denles las gracias por haber sido un abrigo cuando el frío de los impedimentos apretaba.

Pero sobre todo, compañeros, celebren esos fragmentos que tuvieron que coser solos. Esos que unieron en el silencio de la madrugada, cuando el miedo era el único testigo y la única fuerza que los mantenía de pie era su propia voluntad.

Es momento de disfrutar todas las razones por las que logramos estar aquí. Celebremos las notas que nos sacaron una sonrisa, los profesores enamorados por enseñarnos, los buenos amigos que nos llevamos de la carrera y de la universidad, por la comida de la feria, las compras en Limesama, el Samán en el atardecer... Sin embargo, a veces el hilo se enreda. Y hoy también celebramos los nudos. Los amigos que fueron esenciales en un trimestre y que hoy son desconocidos, los parciales que nos rompieron el corazón o la incertidumbre asfixiante de no saber si habíamos elegido la carrera correcta. Tanto lo brillante como opaco es lo que le da textura a lo que sentimos hoy, a esa pausa en la garganta que mezcla el gozo con el miedo y la esperanza con la nostalgia.

Pasamos la vida entera huyendo del presente. De niños soñábamos con ser bachilleres y allí, con ser universitarios. Ahora, ya estamos suspirando por la libertad del mundo adulto. Vivimos ansiosos por el futuro, sin darnos cuenta de que hoy estás viviendo exactamente el momento que aquel niño que fuiste soñaba con alcanzar. Por ello, ante este umbral, deténganse:

Escuchen el eco de sus pasos al subir a recoger ese título. Sientan lo bien que les queda su traje de graduación. Miren la sonrisa de alivio de sus padres y aspiren al olor de este auditorio. No dejen que la prisa por el mañana les robe el respiro de hoy. El futuro y el

pasado se han detenido este instante para darles permiso de sentir que este triunfo es suyo, pero que el camino... fue de todos.

No teman si no tienen una planificación perfecta. A veces las mejores costuras de la vida son las que se hacen sin patrón. Los invito a reivindicar el derecho a equivocarse cuantas veces sea necesario, pues el error no es un desvío, sino la materia prima de la experiencia.

No persigan la seguridad estéril de lo previsto. En cambio, busquen la solidez templada de quien ha aprendido a navegar la tormenta con el timón firme. Al final del día, las historias que realmente merecen ser contadas no son las que se ajustaron a un guión lineal y predecible. Son aquellas que nos sacuden con giros de trama inesperados, las que nos arrancan lágrimas y nos obligan a enamorarnos de los personajes en la penumbra de una sala de cine. Esas son las obras que, entre susurros de admiración, sentenciamos como maestras. No por su perfección, sino por su humanidad descarnada.

Aprender de la humanidad descarnada es aceptar que nuestra grandeza nace de nuestras grietas. Es entender que no somos productos terminados, sino obras en constante bordado.

En este proceso de “aprender a ser”, padres, ustedes son nuestras brújulas más honestas. No dejen de guiarnos. Sigán dándonos esos consejos que, con la arrogancia propia de la juventud, seguramente fingiremos no escuchar. Permítannos el privilegio de cometer nuestros propios errores, de tropezar y de descoser lo que haga falta. Así, sólo a través de ese caos propio, descubriremos que aunque el hilo de nuestra vida nos pertenece, sus voces nos ayudan a recordar quiénes somos realmente.

Persigan el éxito de ser auténticos, con la certeza de que la excelencia académica alcanzada en estas aulas es, ante todo, una herramienta dinámica para la acción. Nos

convertimos en ciudadanos integrales, dotados de la capacidad técnica y la firmeza ética necesarias para reconstruir aquellos espacios donde el tejido social se percibe más frágil y delicado.

Destaquemos por el sello indeleble de ser “Unimetasos”. Imaginemos con audacia, sirvamos con entrega y actuemos con humildad. Nuestra Alma Mater nos ha demostrado que nuestra verdadera medida se encuentra en nuestra capacidad para transformar los problemas en oportunidades para mejorar.

Sigan uniendo sus fragmentos con la valentía de quien sabe que cada puntada, incluso la que se hizo con pulso tembloroso, es el testimonio más honesto y poderoso de lo extraordinario.

¡Felicidades a todos!